

Estados Unidos de Amazon

La historia del futuro
que nos espera

«Al igual que las grandes novelas del siglo XIX, este libro estudia una enfermedad social con una contundencia y una minuciosidad implacables. Resultará imposible seguir comprando en Amazon de la misma manera.»

The Atlantic



Alec MacGillis

Estados Unidos de Amazon

La historia del futuro que nos espera

Alec MacGillis

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *Fulfillment. Winning and Losing in One-Click America*

© 2021 by Stefan Alexander MacGillis

Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, New York.

Parte de los capítulos 3 y 7 se publicaron originalmente, con ligeras variaciones, en *The New Yorker*.

Nuestro agradecimiento a Rockathon Records por el permiso para reproducir la letra de «Dayton, Ohio: 19 Something and 5», de Guided by Voices, y a Drazé por el permiso para reproducir la de «The Hood Ain't the Same».

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2022

© de la traducción del inglés, Ana Camallonga Claveria, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022

Edicions Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 2.957-2022

ISBN: 978-84-1100-058-1



Índice

Introducción. El sótano	13
1. Comunidad	
<i>Seattle, Washington</i>	27
2. Cartón	
<i>Dayton, Ohio</i>	59
3. Seguridad	
<i>Washington D. C.</i>	107
Un alto en el camino. Zona de descarga 9	
<i>Carlisle, Pensilvania</i>	145
4. Dignidad	
<i>Baltimore, Maryland</i>	153
5. Servicio	
<i>El Paso, Texas</i>	213
6. Poder	
<i>Norte de Virginia/Columbus, Ohio/ Washington D. C.</i>	259
Un alto en el camino. PHL6, segunda parte	
<i>Carlisle, Pensilvania</i>	297

7. Refugio	
<i>Seattle/Washington D. C.</i>	303
8. Aislamiento	
<i>Nelsonville, Ohio/York, Pensilvania/ Columbus, Ohio</i>	359
9. Reparto	
<i>Baltimore/Washington D. C.</i>	415
Horas extras. El Primero de Mayo	485
Agradecimientos	503
Notas	507

Comunidad

La ciudad hiperpróspera

SEATTLE, WASHINGTON

En California, si eras veterano del ejército no tenías derecho a matricularte de forma gratuita en una universidad estatal, mientras que en Washington sí. Así de simple. De modo que Milo Duke, tras pasar un par de años en un campo de alfalfa interceptando comunicaciones con el Grupo de Seguridad Naval en el Área de la Bahía, se dio de baja de la Armada de los Estados Unidos en 1971 y se fue a Seattle a estudiar Oceanografía en la Universidad de Washington. Duró un semestre, lo que tardó en toparse con las ecuaciones diferenciales. Ya se había batido con ellas en otra ocasión, cuando estudiaba Historia en la Universidad de Nebraska. Milo pensó que podría con ellas al segundo intento, pero se equivocaba.

Consiguió labrarse otro camino laboral. Él mismo había sufrido varios encontronazos con la burocracia militar, así que empezó a trabajar como voluntario ayudando a veteranos que habían abandonado el ejército en malos términos a conseguir que los licenciaran en mejores condiciones, y muy pronto estaba trabajando como asistente jurídico de

facto para una organización que se dedicaba a ello, gracias a la financiación que proporcionaba un programa federal. Junto a su mujer, a la que había conocido en la Universidad de Nebraska, alquilaron un piso de dos habitaciones en el barrio de Wallingford por 150 dólares; luego encontraron otro más grande no muy lejos por 120. Milo pensó que podría hacer mejor su trabajo siendo abogado, así que en 1975 se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Washington. Sin embargo, dos años después el presidente Jimmy Carter decretó una amnistía para los insumisos, lo que, como efecto colateral, dejó sin financiación organizaciones como la que daba trabajo a Milo Duke. El grupo se disolvió, pero aun así Duke terminó la carrera de Derecho en 1978 y, tras un breve paso por el turno de oficio, consiguió trabajo en un gran bufete en el centro especializado en casos penales.

Para entonces, su mujer y él tenían dos hijos y Milo había empezado a pintar. Mientras él estudiaba la carrera, la familia se había trasladado a vivir a una comuna *hippy* en Madrona, junto al lago Washington, al este del Distrito Central, históricamente afroamericano. Vivían en una casa que uno de los miembros de la comuna había comprado por 5.000 dólares. Milo y su mujer compraron su propia casa allí en 1978, por 50.000 dólares. Pero el trabajo en el bufete pronto desilusionó a Milo y cada vez le atraía más la idea de dedicarse a pintar. Un día lo mencionó y la mujer de uno de los socios del despacho le dijo, bromeando, que, si iba en serio, podía ir a vender su obra al mercado de Pike Place, como el tipo que hacía los grabados de linóleo de flores que todos los abogados del bufete parecían tener en los cuartos de baño de sus casas.

En 1980, el despacho de Duke asumió la defensa de varios de los 26 miembros de la familia Carbone, acusados

de asociación delictiva. Era un caso muy importante, la primera vez, le dijeron, que la ley RICO (siglas en inglés de la ley contra las organizaciones corruptas y bajo la influencia del crimen organizado) se aplicaba en aquel circuito judicial. Un día, Milo se vio en una gran sala con las docenas de abogados que trabajaban en el caso. Y se dio cuenta de que en pocos meses había pasado de defender a indigentes a representar a mafiosos. «¿Qué coño estoy haciendo aquí?», pensó. Al día siguiente dejó su trabajo y se unió a los artistas del mercado de Pike Place. A los seis meses, su matrimonio llegó a su fin. Milo cogió 200 dólares, le dejó el resto del dinero y la casa a su mujer y se refugió en su nueva comunidad del mercado.

Como era un recién llegado, le habían asignado uno de los puestos peor situados, en los tenderetes del extremo norte del mercado; era, en esencia, un trozo de acera por el que pagabas 3 dólares los días laborables y 5 los fines de semana, y donde estabas expuesto a las inclemencias del tiempo, lo que en Seattle suele querer decir a la lluvia. Pero en su primer día allí, Milo Duke se puso a hablar con los artistas cercanos y se dieron cuenta de que tenían una misión en común. «Compartíamos la idea de que teníamos que llevar el arte a la gente», diría luego. Al cabo de poco tiempo, se confabularon para instalar una carpa sobre su media docena de tenderetes. Aquello tuvo el doble efecto de protegerlo de la lluvia y de hacer que su rincón pareciera una especie de galería, por la que era más probable que las multitudes de paseantes pasaran y se detuvieran a mirar su obra. Hasta se dieron a sí mismos un nombre digno de Kerouac: los Ingenieros Dárnicos, del sánscrito *dharmā*, que significa «lo que sostiene o apoya». Aquel era el propósito de su colaboración, en términos prácticos: apoyarse unos a otros.

Al echar la vista atrás, tiempo después, Milo Duke pensaría en la ciudad de los años anteriores a ese momento como en la primera de las tres Seattle en las que viviría. Era aquella una ciudad relativamente pequeña: no llegaba a los 500.000 habitantes, poco más que St. Louis y Kansas City. La economía de la ciudad seguía dominada por la compañía aeronáutica Boeing, por los astilleros y por el puerto. No había cambiado tanto desde su fundación en 1851 como un puesto fronterizo pensado para aprovechar los recursos naturales. Los primeros habitantes del lugar, llegados hasta allí en una goleta de cabotaje, construyeron cabañas y pensaron en cultivar la tierra, pero con el tiempo se dieron cuenta de que era mejor negocio la venta de troncos para los muelles de San Francisco. Muy pronto un emprendedor venido de Ohio, Henry Yesler, construyó un aserradero en el estrecho de Puget.

El auge económico llegó con el ferrocarril. La línea del Pacífico Norte alcanzó Tacoma en 1883 y Seattle una década más tarde. La población de la ciudad se multiplicó por más de diez durante la década de 1880 y sobrepasó los 40.000 habitantes. La fiebre del oro del Yukón de finales de la década de 1890 favoreció también a la ciudad en ciernes, porque los buscadores de oro necesitaban un lugar donde abastecerse. En 1916, William Boeing construyó, con un amigo, su primer hidroavión en el lago Union. En las décadas siguientes, la ciudad creció más o menos siguiendo el rumbo marcado por Yesler y Boeing. Aunque la Seattle de los años setenta no era en realidad una ciudad fabril, no era mucho más próspera que otras ciudades que sí lo eran: la renta per cápita del área metropolitana de Seattle en 1978 superaba por poco las de Cleveland, Pittsburgh y Milwaukee. «Llevaba aún las marcas de un asentamiento reciente en un territorio nuevo», fue la primera

impresión del escritor británico Jonathan Raban sobre la ciudad en aquella época.¹

A principios de los setenta, Boeing había despedido de hecho a decenas de miles de trabajadores, lo que había dado pie a que se instalara un cartel icónico: EL ÚLTIMO QUE SE VAYA DE SEATTLE QUE APAGUE LA LUZ. *The Economist* aseguró que la ciudad se había «convertido en una enorme casa de empeños, con familias que vendían todo aquello de lo que podían prescindir para comprar comida y pagar el alquiler».² El escritor Charles D'Ambrosio, que creció en el Seattle de los años setenta, evocaba la falta de dinamismo de la ciudad en esa era, que no carecía de cierto encanto melancólico. «Estaba la Elliott Bay Book Company, que era una librería y tenía también un bar de paredes de ladrillo en el sótano. Podías remolonear por allí sin disimulos. Podías llevar tu taza vacía al mostrador y pedir que te la rellenaran. Y podías leer —diría más adelante—. Seattle, en aquella época, tenía un aire inequívocamente comatoso y por la noche parecía contener en su gran volumen somnoliento justo una cosa de cada (un perro que ladraba, un coche que arrancaba, una puerta que se cerraba de golpe, etc.) y, además, una cantidad extravagante e innecesaria de nada. *Beaucoup* nada.»³

En la Elliott Bay Book Company era donde se reunían cada semana los Ingenieros Dármicos para pasar el rato y hablar de arte. Al acabar, Milo Duke volvía en ferri a la isla de Vashon, en el estrecho de Puget, donde vivía. La primera noche que había pasado fuera de casa había dormido bajo el viaducto de Alaskan Way, pero después de aquello había ido a parar a la isla, donde una amiga tenía una granja y dejaba que otros se instalaran en sus tierras. Milo le sugirió a otro amigo que aprovechara para aparcar allí un viejo autobús escolar al que no paraban de ponerle multas

en la calle. Vivió durante un tiempo en ese vehículo, uno de los cortos, pero tras un año así compró un viejo autocar de Continental Trailways y, al trasladarse allí, mejoró un poco sus condiciones de vida. «Era bastante razonable lo que costaba vivir así —bromearía más adelante—. Fui un pionero de la moda de las minicasas.»

Para Patrinell Staten, Seattle empezó con un autobús de Continental Trailways, el que la llevó hasta allí.

El viaje desde Carthage, Texas, duró tres días y medio, y Patrinell se aguantó las ganas de orinar todo el camino. La obligaron a sentarse en la parte de atrás del autobús, junto al sucio lavabo, pero no se le permitía usarlo ni tampoco ir a los baños de las estaciones en las que el bus paraba en su inacabable camino a través de Texas. Para ella solo había letrinas al fondo de senderos oscuros y Patrinell, que acababa de cumplir veinte años, no tenía ninguna intención ir por esos caminos sola. Así que se aguantó, y bebió lo mínimo para que le fuera más fácil aguantarse, incluso después de que el autobús saliera al fin de la Texas en la que reinaban las leyes Jim Crow y llegara al Oeste más ambiguo.⁴ Cuando llegó a Seattle, su cuerpo estaba al límite. «Tienes mala cara», le dijo su hermana. La llevó al médico, que se alarmó al ver lo deshidratada que estaba. «No sé cómo has conseguido aguantar cuatro días», le dijo.

Eso fue en 1964. En Carthage, el padre de Patrinell era pastor y su madre maestra de escuela, y tenían 14 hectáreas de terreno en las afueras del pueblo. Pero, incluso para los afroamericanos privilegiados, el este de Texas no estaba al margen del espeso clima de prejuicios. Una de sus hermanas, Anna Laura, se había quedado en Seattle después de

que destinaran allí a su marido con el ejército y otra, Ora Lee, se había ido a vivir con ella. Tras un par de años en Prairie View A&M, una universidad negra de los alrededores de Houston, Pat decidió seguir el mismo camino que sus hermanas e ir a cuidar a los hijos de Ora Lee, que acababa de divorciarse.

Su viaje fue uno de tantos que se realizaron durante la Gran Migración, que tardó unas cuantas décadas en llegar a la gran ciudad más al norte y más al oeste de Estados Unidos. A finales de los años treinta en Seattle no había ni 4.000 afroamericanos. Que fueran tan pocos permitió ciertas medidas excepcionales: desde el principio, los hombres negros pudieron votar sin restricciones en la ciudad y, a partir de 1883, también pudieron hacerlo las mujeres negras; una tolerancia que no se extendía a las minorías chinas o nativas norteamericanas, que se enfrentaban a una virulenta discriminación. «La escasa cantidad de negros que había en la ciudad —señalaría el historiador Quintard Taylor— hizo posible que la Seattle blanca se entregara a una tolerancia racial hacia los afroamericanos que, en comparación con las políticas segregacionistas que se extendían por toda la nación, llevó tanto a negros como a blancos a llegar a la conclusión de que su ciudad era, en esencia, liberal e igualitaria.»⁵

En 1950, la población negra de la ciudad se había disparado por encima de las 15.000 personas, y ya sobrepasaba a las nutridas comunidades asiáticas. El incremento había llegado, al fin, con la Segunda Guerra Mundial y el repunte de la producción en Boeing y en los astilleros. Y la población siguió creciendo en las tres décadas posteriores: había trabajo y estaba, también, en medio de la lucha por los derechos civiles que se extendía por todo el sur, el atractivo de una ciudad que vivía al margen de todo aquello.

Aunque no tan al margen como Pat Staten esperaba. Al llegar a la ciudad, se había instalado con Ora Lee en Renton, un barrio obrero situado a las afueras de la ciudad, en dirección sudeste. Cuando iba al centro, le llamaba la atención que apenas hubiera negros allí. Un día se acercó a uno de los pocos que veía, un conserje.

«¿Dónde estáis?», preguntó.

Él supo a quién se refería.

«Oh, hay un sitio llamado Distrito Central —dijo—. El Área Central.»

Al principio, las pocas personas negras que vivían en Seattle se habían concentrado sobre todo en dos lugares.⁶ Estaba el frente marítimo Yesler-Jackson, con sus bares y sus burdeles, que se convirtió en el hogar de los que estaban de paso, los mozos de cuerda y las tripulaciones de los barcos, dos de las principales ocupaciones disponibles para los hombres afroamericanos en los tiempos de la discriminación generalizada en los gremios de constructores de barcos y de estibadores. Y luego estaba el área boscosa de las afueras de East Madison Street, donde William Grose, el segundo afroamericano que había llegado a la ciudad, había comprado una granja de cinco hectáreas y a donde le habían seguido muchas de las familias negras de más solera.

Con el tiempo, esas dos zonas se habían fundido en una L invertida. Ese era el Distrito Central. No había sido una fusión del todo natural. En otros barrios proliferaban las alianzas raciales que impedían comprar a las personas negras, y los que trataban de alquilar un piso allí solían encontrarse con que siempre estaban llenos cuando ellos presentaban una solicitud. Así que acababan en el Distrito Central. En 1960, una década después de que la población negra de la ciudad se hubiera disparado más de

un 70 %, tres cuartas partes de sus 26.901 habitantes negros vivían en solo cuatro áreas censales del Distrito Central.⁷

Pat Staten iba a misa a la iglesia bautista misionera True Vine, y fue allí donde su atractivo —su amplia sonrisa llena de hoyuelos era conocida por su encanto— llamó la atención de Benny Wright. Su familia había llegado al norte tiempo atrás, desde Arkansas. Pat y Benny estuvieron saliendo seis meses antes de que él le pidiera matrimonio. Alquilaron un apartamento en East Denny Way, en el extremo norte del Distrito Central, y empezaron a buscar una casa de compra. El agente inmobiliario les enseñaba propiedades solo en el Distrito Central, lo que a Pat le resultaba muy frustrante. «No podía creerlo —diría más adelante—. Estaba viviendo en un lugar del norte “sueño” y solo podía comprar una casa aquí.» Acabaron en la zona más oriental del barrio, en una pulcra casa de ladrillos de tres habitaciones que compraron por 17.000 dólares.

Con el tiempo, Benny Wright empezó a trabajar como profesor de historia en el instituto de enseñanza secundaria Garfield, de mayoría negra, del Distrito Central. Pat consiguió empleo en un banco, en el turno de noche; trabajaba como supervisora de cuentas, procesando cheques. Aquello la llevó a trabajar como cajera en el Liberty Bank, el primer banco de propiedad negra al oeste del Misisipi, que abrió sus puertas en 1968 en el corazón del Distrito Central. Para entonces, conocía a todo el vecindario, o eso parecía, y le encantaba que alguien decidiera hacer la cola más larga solo para poder saludarla.

Aunque también había otros momentos no tan buenos. Estaban los hombres que entraban y decían cosas como: «¡Oh, tenemos a una negrita trabajando aquí!».

A lo que Pat Wright contestaba, abriendo los ojos: «¿Cómo? ¿Alguien ha visto a una negrita? ¿Hay negritas por aquí? ¿Cómo son?».

Como Milo Duke, Pat Wright empezó a sentirse cada vez más tentada por su vertiente artística, que en su caso era una voz tan resonante que desde muy joven había cantado en la iglesia de su padre, luego había dirigido el coro juvenil y más tarde, en el instituto, había formado parte de un trío llamado The Jivettes. Resultó que Seattle era una meca de la música negra. Los clubes de jazz habían florecido en los años treinta todo lo largo de Jackson Street y en las manzanas adyacentes al distrito rojo: el Black and Tan, Basin Street, el Black Elks, Ubangi.⁸ Count Basie, Louis Armstrong, Cab Calloway y Duke Ellington podían acabar allí después de tocar en un local de dinero de la zona alta de la ciudad; a veces se quedaban en Golden West, de propiedad negra, si los hoteles de la parte alta se negaban a alojarlos. Los clubes nocturnos —Rocking Chair, Doc Hamilton's, Congo Club— atraían también al público blanco: Washington prohibió servir licores fuertes por copas hasta 1949, pero existía una «política de tolerancia» en los clubes negros, engrasada con sobornos a la policía, que les permitía vender «preparados»: vasos, hielos y refrescos listos para mezclar con los licores que los clientes traían consigo. Los locales se pusieron aún más de moda en los años cuarenta, con la guerra, que hizo que afluyera un gran número de trabajadores a las fábricas, los astilleros y las bases militares.

En esa oleada estaba la familia de Ernestine Anderson, que llegó desde Texas en 1944, a los dieciséis años, y no tardó en actuar en Jackson Street; y la familia de Quincy Jones, que llegó en 1943, cuando tenía diez años, porque su padre consiguió un trabajo en el astillero naval del estre-

cho de Puget; y Al Hendrix, que llegó en 1940 y tuvo con su mujer, Lucille Jeter, un hijo al que llamaron Johnny Allen Hendrix, pero al que varios años después rebautizaron James Marshall Hendrix.

En 1970, Pat Wright cantó en el funeral de Jimi. Había puesto en marcha su propio coro de góspel, los Inspirational Seven de Patrinell Wright. Había sacado un sencillo con Sepia Records, «I Let a Good Man Go»/«Little Love Affair». Y había empezado a cantar en clubes, no solo en Seattle sino también en Portland, Oregón, donde pagaban mejor.

A Benny no le gustaba que Pat actuara en clubes de fuera de la ciudad. Años después, Pat insistiría en que a ella tampoco le gustaba. «Prefiero poder ver tu cara entre el público», le diría. En 1970 se enteró de que en el instituto Franklin High, al sur del Distrito Central, necesitaban a alguien. La cifra de estudiantes negros había aumentado de forma considerable y el director musical del centro invitó a Pat a crear un coro de góspel. La demanda de los estudiantes superó todas las expectativas y al poco tiempo el extraordinario éxito del coro empezó a provocar recelos. El mismo director musical que había pedido ayuda a Wright le dijo que el coro estaba en el límite de lo que aconsejaba la separación Iglesia-Estado. Así que, en 1973, Wright sacó el coro de la escuela y lo llevó a la iglesia, al templo baptista Mount Zion de la Novena Avenida, y docenas de estudiantes la siguieron, a menudo acompañados de hermanos más pequeños y de cualquiera que estuviera dispuesto a estar a la altura de los exigentes estándares de Pat Wright. El coro, que recibió el nombre de Total Experience, acabaría convirtiéndose en parte del paisaje de la comunidad.

Para entonces, los viejos clubes de jazz estaban desapareciendo. Las drogas y la delincuencia callejera eran una

lacre creciente, como en otras ciudades. Pero la comunidad del Distrito Central parecía tener más empuje que nunca. Había fiestas en la calle constantemente. Si alguien se ponía enfermo, era como si todo el vecindario corriera a echar una mano. «Deberías haber visto la cantidad de comida que les hacían», recordaría Pat. Cuando volvía a casa, aunque fuera tarde, se sentía segura al aparcar el coche; sabía que sus amigos cuidaban de ella desde dentro de sus casas. Y eran sus amigos. «Nos gritábamos desde el otro lado de la valla.»

En el invierno de 1978-1979, dos jóvenes salieron de Albuquerque, Nuevo México, en dirección norte. Fueron en coches distintos, por rutas distintas, con un mes de diferencia. El primero, Paul Allen, circuló con su Monza por las montañas heladas de Utah y Idaho, con cadenas en los neumáticos y Earth, Wind & Fire sonando en la radio. El segundo, Bill Gates, conducía su Porsche, y apretaba el acelerador con tanto descaro que lo multó dos veces un mismo avión.⁹

Los dos tenían un mismo destino: Seattle, el lugar en el que habían nacido y donde habían asistido a la misma escuela privada de élite, Lakeside, cuyo rudimentario sistema informático habían pirateado. Después del instituto, ambos se habían ido a vivir a Boston: Gates para ir a Harvard, y Allen, al cabo de un tiempo y tras abandonar sus estudios en la Universidad Estatal de Washington, para trabajar en Honeywell. En 1975, los dos habían ido a parar a Albuquerque, donde se encontraba la sede de una pequeña empresa llamada Micro Instrumentation & Telemetry Systems. La compañía, situada en una zona comercial flanqueada por un salón de masaje y una lavandería, había creado un ordena-

dor muy simple llamado Altair con un chip Intel 8080. Allen y Gates se habían propuesto probar en él su programa informático BASIC. Fue allí, en Albuquerque, donde fundaron una empresa que llamaron Micro-Soft.

Dos años después, cansados del paisaje desértico y de las dificultades para atraer a buenos programadores a Nuevo México, Allen sugirió trasladar la empresa —de solo 13 personas por entonces— a Seattle. Echaba de menos su hogar, los pinos y el agua, el clima fresco. Alegó que las temperaturas de Seattle eran de hecho ideales para la empresa: «Los días de lluvia eran una ventaja —diría después—. Evitaban que los programadores se distrajeran».¹⁰

Gates no tenía tan claro que tuviera que ser Seattle.¹¹ La otra opción obvia era Silicon Valley, que ya para entonces era un polo de atracción para la microinformática gracias al partido que la Universidad de Stanford le había sacado a su conglomerado de bienes raíces y a las inversiones que se habían hecho en defensa durante la Guerra Fría. Seattle, en cambio, difícilmente podría haberse considerado un imán para las empresas tecnológicas. Así que Allen tuvo que echar mano de toda su capacidad de persuasión. Jugó una carta ganadora: convenció a los padres de Gates, con los que sabía que su socio tenía una relación muy próxima, para que intercedieran ante su hijo. Al final, Gates se puso de parte de Allen. Irían a Seattle.

Gates alquiló una oficina en la octava planta del edificio del Old National Bank, en Bellevue, al otro lado del lago Washington, justo enfrente de la ciudad. Como no pudieron conseguir una línea de crédito, Gates y Allen liquidaron varios certificados de depósito para pagar por un nuevo sistema informático para la oficina. El número de teléfono de la empresa acababa en 8080, igual que el chip

de Intel con el que habían demostrado su valía pocos años antes, una feliz coincidencia que puede que fuera posible gracias a que la madre de Gates estaba en la junta de la compañía de telecomunicaciones Pacific Northwest Bell.¹²

Poco después de llegar a Seattle, Microsoft (decidieron prescindir del guion) se anotó su primer tanto: IBM les encargó el sistema operativo para su entrada en el mundo de los ordenadores personales. Allen y Gates consiguieron sacarle un sistema que estaba en pañales a otro programador de Seattle y lo modificaron hasta crear el MS-DOS. En 1981, la empresa había superado el centenar de empleados y se trasladó a unas oficinas más grandes cerca del lago Washington y de un Burgermaster, su establecimiento de comida rápida preferido. La compañía buscaba a jóvenes programadores recién salidos de la universidad a los que ningún empleo anterior les hubiera acostumbrado a hacer las cosas de un modo concreto. «Íbamos en busca sobre todo de las mentes más brillantes», recordaba Allen. Como habían imaginado, era más fácil convencer a alguien para que fuera a Seattle que a Albuquerque, aunque Silicon Valley también les arrebató a algunos candidatos.¹³

A finales de 1982, habían duplicado los beneficios, hasta los 34 millones de dólares, y la compañía sobrepasaba los doscientos empleados, pero seguía teniendo un espíritu combativo. Después del trabajo, jugaban al fútbol en el bar Nowhere. Los fines de semana había voleibol y barbacoa en casa de Bob O'Rear, el segundo de Allen; el primer empleado de la empresa, Marc McDonald, preparaba los daiquiris.

Allen organizó una fiesta de Halloween en su casa del lago Sammamish, donde, según cuenta, Gates «se tiró varias veces sobre el pecho por la balastrada que va desde el

piso superior a la cocina. Cogía carrerilla, se lanzaba por la barandilla y planeaba hasta el parque de abajo».¹⁴

Tras la llegada de Microsoft, la ciudad se convirtió en la segunda Seattle en la que vivió Milo Duke. Había un poco más de tecnología y algunas cosas se pusieron a otro nivel. Pero te las podías arreglar.

Para llegar a final de mes, ya que su obra surrealista se vendía lo justo en el mercado de Pike Place, había empezado a hacer algo así como de agente a otros miembros de los Ingenieros Dármicos. Y empezó a vender cuadros en convenciones de ciencia ficción, donde a los asistentes parecía gustarles su estilo pictórico. En una convención en 1982 conoció a Wendy Dees, una mujer de St. Louis a la que le iba cada vez mejor como ilustradora de libros y también escribía poesía y ficción por su cuenta. Acabarían casándose, pero no hasta una década más tarde. Milo siguió viviendo en el autobús de la isla de Vashon hasta 1989, cuando empezó a pasar algunas noches en un estudio que él y otros Ingenieros Dármicos tenían en Pioneer Square, el histórico barrio marítimo y el lugar en el que se encontraban los muelles de madera originales de Yesler que en los dos años siguientes se convertirían en el epicentro de la escena *grunge*. El estudio, situado en uno de los dos edificios de la Washington Shoe Company, no tenía ventanas, se mantenía fresco por su proximidad a un almacén frigorífico y costaba 80 dólares al mes. Milo se convirtió en copropietario, junto a otros dos socios, de una galería cercana. El verano de 1991 estuvo hecho de noches en la escalera de incendios, fumando hierba, con música alrededor. «Te sentías como en el centro del mundo», diría luego.

Aquel momento no podía durar. Uno de sus amigos, uno de los socios de la galería, murió de un tipo raro de cáncer a los treinta y ocho años. Hubo que vender la gale-

ría. Milo dejó el estudio y se trasladó, junto con otros amigos artistas, a una casa desvencijada de la calle Sesenta y cinco, en el distrito de Roosevelt, cuyo propietario tenía fama de explotar a sus arrendadores. En la parte de atrás había un enorme solar lleno de basura. Cuando se quemaba un fusible, el propietario metía una moneda de veinticinco centavos en la caja para arreglarlo.

Tras dos años viviendo allí, Wendy rescató a Milo. Ella tenía un trabajo fijo, en una galería de arte japonés muy cara. Se fueron a vivir a una casa comunal en el barrio de Phinney Ridge y, de allí, al fin, en 1996, a una casa solo para ellos: una construcción de una planta en Tangletown, un barrio situado justo al sur de Green Lake. La planta principal ocupaba 75 metros cuadrados y había otros 37 en el piso de arriba para el estudio de Wendy, y 75 más en el sótano, que estaba al nivel del jardín, para el de Milo. Uno de sus hijos utilizaría el garaje como taller de metalistería y local de reparación de motos. El alquiler era de 1.000 dólares, y siguió así durante muchos años. La propietaria de la vivienda tenía un puesto administrativo en una escuela y estaba casada con un ejecutivo de Boeing, y tanto a ella como a su marido les parecía emocionante tener allí viviendo a unos artistas.

La satisfacción indirecta que aquello les producía no hizo sino aumentar cuando Milo abrió una escuela de arte en su estudio. Había llegado a la enseñanza casi sin querer. En 1998, Wendy y él se habían apuntado a un curso de pintura al óleo que habían visto anunciado en un catálogo abandonado en un bar y que se impartía en la Academia de Arte Realista, una escuela bien considerada y de espíritu severamente clásico de la ciudad. Tras solo un semestre, la academia le había preguntado a Milo si quería dar él la clase. Pronto trasladó las clases al sótano de su casa. Hasta

empezó a llamarlo por el nombre apropiado en francés: un *atelier*.

La segunda Seattle también le sonrió a Pat Wright.

La revolución que estaba en marcha al otro lado del lago Washington aún no había llegado al Distrito Central, pero el barrio ya estaba en plena transformación. Era, en ese momento, un cambio sobre todo positivo, puesto que venía de dentro. Y es que, poco a poco, el Seattle negro estaba saliendo de los muros en los que lo habían confinado.

El cambio llevaba años fraguándose. En 1957, se había aprobado en el estado de Washington una ley que prohibía la discriminación en materia de vivienda, pero dos años más tarde un juez del Tribunal Superior del condado de King la derogó, y dictaminó que por más deplorable que fuera el prejuicio contra los potenciales arrendatarios o compradores, «el tribunal falla a favor del derecho del dueño de una propiedad privada a tener completa libertad a la hora de seleccionar aquellos con los que tendrá tratos».¹⁵

Reformistas de todas las razas hicieron campaña en los primeros años de la década de los sesenta para que hubiera una ordenanza de «puertas abiertas» en Seattle. El ayuntamiento —en el que no hubo un concejal negro hasta 1967— rechazó aprobar ningún tipo de legislación y, en lugar de eso, sometió la ordenanza a un referéndum en 1964. Una carta en contra de la normativa publicada en el semanario *The Argus* es un buen ejemplo de lo que alegaban los que se oponían a la legislación: «Se les pide a esos propietarios que de repente renuncien a parte de sus ganancias [...] por algo llamado “puertas abiertas”. A cambio de esa renuncia el votante no obtiene nada más que la sen-

sación de que quizá pueda haber ayudado a los oprimidos [...] negros». ¹⁶

La ordenanza fue rechazada el 10 de marzo de 1964 por un margen de más de dos contra uno: tres meses antes de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles en Washington D. C., más de 110.000 votantes de una de las ciudades supuestamente más progresistas del país votaron a favor de proteger el derecho a discriminar por motivos de raza. ¹⁷ Era una señal del largo camino que le quedaba por recorrer hasta a una ciudad como Seattle.

Inasequibles al desaliento, los reformistas lucharon por hacer desaparecer las barreras mediante medidas voluntarias. Reclutaron a personas de buena fe de fuera del Distrito Central que pelearon para que sus barrios dieran la bienvenida a todo tipo de vecinos, pese a lo que dijera la ley, y crearon el Servicio de Venta Justa de Viviendas, dirigido a familias negras deseosas de instalarse en otros vecindarios. Sus esfuerzos no estuvieron exentos de polémica, incluso en el Distrito Central: Quintard Taylor menciona que Keve Bray, un empresario y activista del distrito, tachó a los que buscaban una salida del barrio de «trepas sociales que intentan alejarse de su gente». ¹⁸ Las familias que salieron del barrio no se libraron tampoco de ciertas resistencias en las zonas que se habían fijado como objetivo: en el barrio de Kent, en las afueras, a dos familias negras les dispararon ráfagas de escopeta en sus nuevas casas.

Pero el flujo de habitantes que salían del barrio siguió, de forma ininterrumpida, pese a todo. En 1970, solo el 9% de los 42.000 afroamericanos del área metropolitana vivían fuera de la ciudad. En 1980, ese porcentaje se había más que duplicado: era el 20% de 58.000. Y en 1990, la ratio era ya un tercio de 81.000.